P. S. 1236 Cartigny 2ª quincena de diciembre de 2020 Año 87 Número 24

PERIODICO PARA TODOS

Administración:
CH 1236 CARTIGNY/GE
Suiza

PUBLICACION QUINCENAL

Subscripciones
Suiza, 1 año . . Fr. 5.--
Otros países . . $ 3.--

La humildad del Hijo de Dios

Exposición del Mensajero del Eterno

CUANDO consideramos la vida dé algunos profetas, como la de David por ejemplo, de la cual tenemos muchos detalles, vemos que ellos tuvieron sus buenos y malos momentos. Pero, finalmente, sus lados buenos prevalecieron sobre los malos.

No obstante, también tuvieron en su corazón el pensamiento de que Dios castigaba, lo cual es un gran desconocimiento del carácter divino. En efecto, el Eterno no ejerce nunca represalias contra nadie. El que dice que el Eterno castiga, y que tiene pensamientos de venganza, es que verdaderamente no lo ha conocido con toda la belleza y la maravillosa transparencia de su carácter.

Los profetas del antiguo pacto no tuvieron un concepto completamente justo del carácter del Eterno. Es por esta razón que su testimonio, que refleja a veces grandiosos rayos luminosos de la verdad y de los caminos divinos, está siempre mezclado a otros pensamientos extraños a los pensamientos del Eterno.

Por lo demás, sucede lo mismo con nosotros. Tenemos también buenos y malos momentos. Podemos tener vuelos grandiosos en los lugares celestiales, como el apóstol Pedro cuando le dijo a nuestro querido Salvador: "Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente." Este era un movimiento muy bueno del apóstol Pedro, encontrándose entonces bajo la influencia del espíritu de Dios; por eso nuestro querido Salvador le respondió: "No es tu carne ni tu sangre que te han revelado estas cosas, sino mi Padre que está en los cielos."

Pedro tuvo después otros gestos que traducían una mentalidad muy contraria. Esto no quiere decir que por esto perdiera la carrera y que fuera rechazado. Los malos momentos son inevitables, mientras se está en la escuela de Cristo y que el carácter no está formado. Pero, para el que es dócil, los malos impulsos vienen a ser cada vez más raros, y los buenos movimientos cada vez más numerosos. Finalmente, cuando el carácter está completamente formado en los caminos divinos, no hay ya malos períodos, sino sólo una serie ininterrumpida de buenos momentos.

Mientras el corazón no está completamente purificado, sale siempre suciedad en ciertas ocasiones. No podemos, pues, tener confianza en nosotros mismos mientras no estemos radicalmente transformados. Cuando el carácter divino ha sido grabado completamente en nuestra alma, entonces es maravilloso.

Es nuestro querido Salvador quien nos reveló al Padre, y lo hizo de una manera sublime. El conoció al Padre, y lo mostró en la magnificencia de su carácter. Dijo: „El que me ve, ve al Padre." El Salvador dio un grandioso testimonio, y no buscó una sola vez su propio interés. El permaneció cuarenta días cuarenta noches en el ayuno y en la oración, sin tomar alimento.

En ese momento, vino el diablo para tentarlo y le propuso que transformara las piedras en pan. Nuestro querido Salvador no lo escuchó. Pues no quería usar de su poder para una cosa personal, y se confió completamente en las manos de su Padre. Dios no lo dejó, sino que envió a sus ángeles para servirle, y éstos lo hicieron con gozo y felicidad.

Estas poderosas demostraciones nos son dadas por el Hijo muy amado de Dios. El que era el Príncipe de los príncipes en el cielo, el maravilloso Lagos, el Unigénito del Padre, se humilló voluntariamente para venir a ser un hombre como los demás seres humanos, a fin de poder dar su vida humana en rescate por toda la humanidad. En Apocalipsis 4 se contempla la grandiosa escena que se desarrolló cuando el llamado en el cielo resonó: "¿Quién es digno de abrir el libro y desatar sus sellos?" Este libro estaba en la mano del Eterno.

Entre los millones de seres espirituales que oyeron este llamado, nadie se adelantó para responder a él. Y es que se necesitaba también sentirse digno de presentarse. Por eso, en esta visión, viendo que nadie se presentaba, Juan lloró mucho. Entonces un anciano se acercó a él, le tocó en la espalda y le dijo: "No llores, porque el león de Judá abrirá el libro y desatará sus sellos."

Este libro sellado contenía la salvación de la humanidad. En ese momento, nadie conocía el plan de salvación establecido por el Eterno desde antes de la fundación del mundo, ni siquiera el Hijo muy amado de Dios. Era preciso primero presentarse, tomar el libro, romper sus sellos y aceptar las condiciones que contenía. Nuestro querido Salvador se acercó y dijo: "He aquí que vengo, oh Dios, para hacer tu voluntad, tu ley está dentro de mi corazón."

La voluntad divina se expresaba en ese momento con la realización de la salvación de la humanidad. Para realizar esta salvación, el Hijo de Dios, que se había presentado voluntariamente, debía dejar la gloria de que disfrutaba cerca de su Padre. Tenía que despojarse de su naturaleza espiritual, humillarse hasta ser reducido al estado de un embrión en el seno de María, a fin de nacer después como un hijo de los hombres, exactamente en la misma situación que los demás seres humanos, a excepción del pecado.

El Hijo dejó la gloria celestial y vino a la tierra únicamente para cumplir la voluntad divina, sin ningún pensamiento personal, sin buscar cualquier cosa para sí mismo. En ese momento no conocía aún el pensamiento del Eterno, que quería exaltarlo a su tiempo a una posición muy superior a la que tenía anteriormente. El no deseaba otra cosa, puesto que le dijo a su Padre, cuando estaba en el supremo momento de cumplir su ministerio: „Glorifícame con la gloria que tenía cuando estaba cerca de ti, antes de que el mundo fuese."

No había, pues, nada interesado en nuestro querido Salvador. Por eso también recibió toda la aprobación de su Padre. Por lo demás, cuando se hizo bautizar por Juan el Bautista en el Jordán, los cielos se abrieron, el espíritu de Dios vino sobre él en forma de una paloma, y se dejó oír una voz del cielo, diciendo: "Este es mi Hijo amado, en quien tengo todo mi afecto; a él oíd." Se ve aquí la íntima comunión de pensamientos y de sentimientos que existía entre el Eterno y nuestro querido Salvador.

Como lo sabemos, los seres espirituales tienen la posibilidad de materializarse. Lo hicieron en diferentes ocasiones, cuando traían mensajes a los hombres de Dios de aquella época. Por eso son llamados en las Escrituras angelos, es decir, mensajeros. Se materializaban para que los humanos pudieran comprender y aceptar mejor su mensaje.

De esta manera igualmente, el ángel Gabriel se materializó para traer su mensaje a María. Fue algo parecido con el ángel que se apareció a Moisés en el monte Sinaí; pero siempre estos ángeles eran seres espirituales que conservaban su naturaleza espiritual; revestían sólo una apariencia, pero no eran de naturaleza humana.

En cambio, concerniente a nuestro querido Salvador, que apareció como un ser humano completo, era muy distinto. El abandonó su naturaleza espiritual para no sólo tomar la forma, sino la propia naturaleza humana. En ese momento, pues, él perdió completamente su naturaleza espiritual.

En efecto, nuestro querido Salvador no hubiera podido darse en sacrificio y pagar el rescate de la humanidad si hubiera tenido una vida espiritual de reserva en su organismo humano. Por eso, cuando su venida a la tierra, toda su personalidad estaba concentrada y localizada en su naturaleza humana. Por lo demás, es lo que dijo el apóstol Pablo, mostrando que Jesucristo fue encontrado como otro hombre en la tierra.

Si examinamos las cosas de esta manera, podemos comprender mejor todo lo que le costó a nuestro querido Salvador la obra del rescate, y a qué humillación consintió por salvarnos. Es bien claro que él no tuvo pretensiones personales, y no pensó en sí mismo sino únicamente en el cumplimiento del deseo de su Padre, con

quien realizaba una unidad y una comunión de cada momento.

El Eterno en su presciencia, conocía todo de antemano. Antes de la fundación del mundo, ya vio al Cordero de Dios inmolado voluntariamente por la salvación de los seres humanos. Y sin embargo el Eterno nunca dio órdenes a su Hijo, ni a quien fuera. El dejó oír solamente el llamado: "¿Quién es digno?" Y el Hijo vino con todo su corazón para cumplir libremente la voluntad de su Padre.

Tampoco el Eterno nos obliga jamás a hacer lo que sea. El sólo nos invita, y nos deja siempre la libertad de responder afirmativa o negativamente. Debemos regocijarnos de hacer todo lo que el Señor nos propone, por amor, por gratitud y aunque nos cueste mucho.

Por lo demás, el Señor nunca nos pide lo que sea con un fin egoísta, sino que todo es únicamente para nuestro propio bien y nuestra bendición. Podemos, pues, lanzarnos con todo nuestro corazón. Y si como consagrados vivimos el programa divino con tales sentimientos, podremos formar parte de la esposa de Cristo, y reinar con él en la gloria.

Esto debe hablar profundamente a nuestro corazón, porque nosotros también somos amablemente invitados a seguir el camino del sacrificio, al menos los que quieren correr la carrera del pequeño rebaño. Nuestro querido Salvador dice: "El que quiera ser mi discípulo, que renuncie a sí mismo, tome su cruz y me siga." Quiere asociarnos a él para efectuar la liberación de la humanidad.

Los seres humanos buscan honores y toda clase de ventajas personales, mientras que el Señor, como lo he dicho, nunca he buscado ventajas personales. Debo decir que yo mismo las he buscado también, para mi propia satisfacción. En efecto, no es posible transformarnos de un día al otro y volvernos altruistas, después de haber estado hundido hasta el cuello en el egoísmo.

Para ser revestido del sublime carácter divino, conviene realizar un trabajo de paciencia y de perseverancia. Sólo poco a poco se produce el cambio, a medida que desarrollamos nuestra fidelidad en los caminos divinos y que podemos ser impresionados por el poder del espíritu de Dios. El nos introduce en la largura, la altura y la profundidad del amor divino.

Con esta palanca, todo lo encontramos fácil, porque contiene un poder invencible. Este fue el caso para nuestro querido Salvador, que tenía un solo deseo y una sola alegría en su corazón, poder cumplir la voluntad de su Padre. Pero tenía en perspectiva un ministerio muy difícil de realizar. Las Escrituras dicen de él que aprendió la obediencia por las cosas que padeció. El manifestó la obediencia hasta la muerte de cruz.

El pequeño rebaño es invitado a, cumplir este mismo programa y a ser obediente hasta la muerte, como lo muestra Apocalipsis 2: 10: "Sé fiel hasta la muerte, y yo te daré la corona de la vida." Los seres humanos consideran en primer lugar lo que les agrada a la vista. Ellos se apegan a las cosas externas, mientras que el Señor no considera para nada esto, sino que mira el corazón. Esto es para nosotros una inmensa consolación, y al mismo tiempo una lección muy profunda.

Como lo digo constantemente, esto nos muestra que no se le puede hacer daño a un hijo de Dios, es imposible. A nuestro querido Salvador, se le quiso desposeer, se le acusó, se le vendió, se burlaron de él, le despojaron de todo, y finalmente le quitaron la vida. Pero respecto a esto, ¡qué gloriosa victoria fue la suya! El cumplió con una fidelidad a toda prueba la obra inmensa que tenía delante de sí. Por eso el Eterno lo ensalzó y le dio un nombre que es sobre todo nombre, para que se doble toda rodilla delante de él y toda lengua confiese que Dios le ha amado.

Concerniente al pequeño rebaño, no es aún reconocido actualmente por los seres humanos en las funciones que ejerce como tabernáculo de Dios entre los hombres. Pero estos últimos sabrán un día lo que esta falange de discípulos ha realizado. Tendrán durante la restauración una grandiosa estima y un afecto desbordante por este pequeño rebaño; lo honraran con todo su corazón.

En ese momento los seres humanos habrán venido a ser verdaderos hijos de Dios, capaces de dar en espíritu y en verdad alabanzas y gloria al Eterno y a nuestro querido Salvador. Su rescate pagado al precio de su vida será para ellos la más preciosa manifestación. Todos los seres humanos serán entonces felices y agradecidos. Incluso el sumo sacerdote, que pronunció la acusación y la condenación del Hijo de Dios, se humillará más bajo que la tierra y reconocerá humildemente su extravío y su culpabilidad.

Por otra parte, el Eterno está lleno de amor, de bondad y de ternura. Ezequiel dijo hablando del pueblo de Israel (y esto concierne también a todos los seres humanos): "Se avergonzarán, el día en que yo los visite, se ruborizaran de su maldad cuando vean que yo los he perdonado." Estas son maravillosas visiones en el Reino de la luz, que nos permiten comprender toda la sublime benevolencia del carácter divino. Esto nos entusiasma y nos consuela profundamente.

La misericordia divina es una inefable manifestación del amor del Eterno. Es a causa de su misericordia que El encontró una solución para libertar a los seres humanos condenados por el pecado, y para concederles nuevas y grandiosas posibilidades de rehabilitarse completamente. Ellos podrán así ser restaurados a la perfección y con los atributos que poseía Adán en el huerto del Edén.

El Eterno es generoso y magnifico en todos sus caminos. Tampoco busca su propia fama. El es humilde y desinteresado, siendo éstos los rasgos sobresalientes de su grandioso carácter. Es de El que aprendió nuestro querido Salvador, para desplegar la nobleza y la maravillosa fidelidad que él mismo manifestó en todos sus caminos. El pudo decir: "Aprended de mí, que soy apacible y humilde de corazón." En efecto, estas palabras estaban cubiertas por actos; ellas eran una demostración viva y poderosa de la mentalidad divina.

Son estos sentimientos que debemos realizar a nuestra vez. Esto requiere sobre todo la sumisión, la obediencia y una completa buena voluntad. No debemos tener pretensiones, sino sólo el deseo de servir y de ser empleados en su magnífica obra, donde, cuando y como el Señor lo desee. Sin embargo, sucede aún muy a menudo, cuando se nos hace una proposición, que digamos: "Es imposible, no se puede hacer tal cosa de esta manera."

Este es un falso concepto de los caminos del Señor, porque con el Señor todo lo podemos. Es menester solamente ser sumisos como nuestro querido Salvador lo fue con su Padre. Es lo que yo mismo deseo cumplir con todo mi corazón. Pues me he permitido a menudo hacer cosas que no debía hacer. Pero cuando me enseña el Eterno, deseo dejarme enseñar. Quiero cada vez más ejercitarme en esta dirección y decir: "Como tú quieras, Señor, y no como yo quiero".

Ahora hemos de hacer todos los esfuerzos necesarios para lograr formar la bella familia divina, en la cual se ama al Eterno por encima de todo, y cuyos miembros se aman tiernamente, en la cual ninguno tiene algo contra el otro. Es en esto que hay que tener mucho cuidado, porque dice el Señor: "Si tienes algo contra tu hermano, deja tu ofrenda y ve primero a reconciliarte con él, después yo podré aceptar tu ofrenda."

Es seguro que esto es para cada uno un verdadero ejercicio que conviene realizar, porque venimos todos de la tierra de sombra de muerte, y es por el amor divino que podemos ser vitalizados. Es una absoluta necesidad para nuestra prosperidad física y moral que lleguemos a amar al Eterno por encima de todo. Es a esto que deben tender todos nuestros esfuerzos.

Los caminos divinos no son difíciles, aun si nuestro carácter es muy torcido. En efecto, nuestro querido Salvador está siempre presente para tendernos la mano y hacernos franquear los pasos peligrosos. Queremos, pues, seguir adelante con entusiasmo, ejercitándonos en amar a nuestro prójimo y en serle una bendición. Es menester que podamos ayudar a los débiles y ser un consuelo para todos por nuestra actitud y nuestra línea de conducta.

Las perspectivas que tiene el Ejército del Eterno son magníficas. Como lo muestra el *Mensaje a la Humanidad*, está llamado a salir de este sombrío valle de lágrimas, de dolores y de oscuridad para obtener la luz y adquirir la gloria de los hijos de Dios. Cuando se llega al viraje de un túnel y que aparecen algunos rayos de luz, esto es ya maravilloso; pero cuando se alcanza el orificio, y cuando la tierra prometida se extiende delante de nuestra vista con todo su esplendor y su majestuosa belleza, entonces es el colmo de la alegría.

Queremos, pues, dejar nuestro corazón abrirse grandemente a fin de poder oír la voz amable de nuestro querido Salvador. El habla de misericordia, de perdón, de paz, de gozo, de consuelo, y nos asegura la victoria, con tal que nos dejemos conducir dócilmente como hijos de nuestro Padre que está en los cielos.

Preguntas para el cambio – del carácter –

1. ¿Se hacen cada vez menos frecuentes nuestros malos impulsos a causa de nuestra docilidad en el combate?
2. ¿Hemos vivido fielmente las condiciones de un consagrado o de un verdadero miembro del Ejército de Dios?
3. ¿Permanecemos siempre en el tono de la invitación, como el Eterno, no empleando nunca el tono del mando?
4. ¿Tenemos muy buena voluntad en el combate de la fe, para vencer los intereses egoístas y las resistencias del viejo hombre?
5. ¿Estamos convencidos de que con el Señor todo lo podemos y que nada es imposible?
6. ¿Que progresos hemos registrado en la honradez, la oración, la fe y la humildad?

Editor: «L'Ange de l'Eternel», Asociación Filantrópica. Redactor responsable: Ph. Miguet, CH 1236 CARTIGNY / Genève (Suisse).
Periodico para Todos 15-12-2020 quincenal. Distribuidor responsable: María Victorina Apolonia Gómez Sánchez. No de Certificado de Reserva otorgado por el Instituto Nacional del Derecho de Autor: 04-2012-071611381600-101. No de Certificado de Licitud de Título y Contenido: 15654. Domicilio de la publicación y Distribuidor: Playa Guitarrón 433, Col. Militar Marte Delegación Iztacalco C. P. 08830, México, D. F. Asociación Filantrópica Mexicana «Los Amigos de la Humanidad» A. C. Tel. 55 55 79 38 94
Imprenta: Imprimerie du Château, domicilio: 27 Rte de Vallière, 1236 Cartigny / Ginebra, Suiza.